

ESTUDIOS CULTURALES EN PAPELES CRÍTICOS

Wilfredo Penco

Entre los medios que han canalizado de modo periódico y sistemático parte importante de la producción crítica sobre literatura de hablas ibéricas en este continente, se destaca por su ya larga permanencia la *Revista Iberoamericana*, fundada en el ámbito del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y dirigida en sus tramos iniciales por Julio Jiménez Rueda y Arturo Torres Rioseco, en su período de expansión por Alfredo Roggiano y más recientemente por la uruguaya Mabel Moraña. Esta publicación, cuyo último número es objeto de reseña en *Papeles de Montevideo*, fue posible en el marco de una serie de necesidades y políticas universitarias concertadas en México y en el oeste y el sur de los Estados Unidos, donde las migraciones de habla hispana competían en una realidad social cada vez más reacia a las homogeneidades.

Siempre en el ámbito académico, la revista tuvo luego otros circuitos, canales y apoyos institucionalizados, el más perdurable en la Universidad de Pittsburgh (al igual que otra publicación contemporánea no menos conocida, con puntos de contacto en el área de estudio, la *Revista Hispánica Moderna*, dirigida por Federico de Onís y promovida por el Instituto Hispánico de los Estados Unidos, en la Universidad de Columbia –Nueva York–).

Otros proyectos similares tuvieron diversa suerte, sobre todo en su relativa permanencia, no obstante el empuje y la apertura que significaron la irrupción masiva de la literatura latinoamericana, hacia mediados de los años 60, en mercados hasta entonces limitadamente receptivos, y los esfuerzos que se hicieron desde los mismos lugares donde se generaba esa literatura para afinar un discurso crítico acorde a las nuevas circunstancias.

Con las particularidades de cada caso, la revista *Eco*, en Colombia, *Casa de las Américas* en Cuba, órgano oficial de una institución reconocida por su capacidad para hacer confluir intelectuales de toda América en La Habana, *Mundo Nuevo*, la polémica revista que dirigió Emir Rodríguez Monegal con el respaldo financiero de organizaciones norteamericanas, fueron algunos de los canales que los críticos tuvieron a su disposición para practicar un oficio que, como tantos otros, ha padecido las deformaciones de la rutina y los excesos de la

autocomplacencia, pero también ha sabido o al menos intentado renovarse a partir del cuestionamiento a fondo de sus propias bases y cometidos.

Ya en las dos últimas décadas, los ejemplos de *Hispanamérica* (bajo la dirección de Saúl Sosnowski), la experiencia venezolana de *Escritura* impulsada por Ángel Rama, antes *Plural* y después *Vuelta* dirigidas por Octavio Paz, *Texto crítico* en la Universidad Veracruzana de México y posteriormente *Nuevo Texto Crítico* ya radicado su promotor, Jorge Ruffinelli, en Stanford –California–, la portañá *Punto de vista* que condujo Beatriz Sarlo, sirven como receptáculos y vehículos acotados de la especulación crítica cumplida de norte a sur.

He omitido deliberadamente en esta nómina incompleta, con el fin de destacarla como corresponde, una publicación fundamental para los estudios críticos latinoamericanos, que ha concentrado algunos de los aportes teóricos decisivos en el proceso de renovación más reciente; me refiero a la *Revista de crítica literaria latinoamericana* orientada por un maestro de la crítica contemporánea, fallecido hace poco, el peruano Antonio Cornejo Polar.

En este panorama apenas esbozado se inscribe *Papeles de Montevideo*, que se propone, como indica su director Carlos Liscano, “*ser un medio destinado a la difusión de trabajos, producidos en Uruguay o en el exterior, de crítica literaria y cultural*”. Se quiere dar a conocer la labor de investigadores uruguayos –tan escasamente alentados, como habrá de demostrar Pablo Rocca en un estudio recogido en este mismo número– así como la de especialistas extranjeros y ensayos sobre otras literaturas poco accesibles dentro de fronteras, lo que ha redundado en las limitadas posibilidades para avanzar desde el país en los estudios de literatura comparada, en general de reconocida utilidad para la apertura de horizontes y asociaciones en la que suelen derivar. Por último, *Papeles de Montevideo* aspira a “*vincular preocupaciones, ideas, teorías y gentes interesadas en la reflexión cultural, aquí, en nuestra región, y en América del Norte y Europa*”.

Para este desafío múltiple resultaba imprescindible la conjunción de apoyos públicos –logrados en esta instancia, ya veremos hasta cuándo– y una línea independiente en la que parecen apoyarse las orientaciones de un consejo asesor con predominio de destacados profesores universitarios de considerable experiencia en Norteamérica y un equipo de colaboradores, algunos ya incorporados en esta entrega y la mayoría anunciados para las próximas, en conjunto representativos de plurales trayectorias, intereses y preferencias en torno a la reflexión cultural. Los prometidos núcleos temáticos para los números siguientes (la narrativa y la poesía uruguayas posteriores a 1985, las vanguardias en Argentina,

Brasil y Uruguay, las visiones de América) constituyen también indicio estimulante de lo que la continuidad de un trabajo colectivo de esta índole podría aportar.

En la instancia inicial, *Papeles de Montevideo* ha optado por abrir sus páginas al debate teórico en que se encuentra actualmente el desarrollo de los estudios culturales, con algunos repasos más o menos globalizadores (Mabel Moraña, Abril Trigo), puestas a punto de elaboraciones desde hace tiempo trabajadas (García Canclini), cuestionamientos y revisiones de puntos de vista que han hecho camino (Achugar, Rodríguez Pérsico, Verdesio), inventarios de realidades culturales localizadas (Rocca, de Souza), y la reseña del volumen LXII de *Revista Iberoamericana* aparecido en el segundo semestre del año pasado con un sumario que reúne “*algunos de los nombres más importantes del momento de la academia norteamericana (o allegados a ella) en el área de los estudios culturales*” (Ana Moraña).

Sin quedar descolgado de esta serie con reconocibles afinidades o puntos de contacto, el estudio de Juan Fló sobre la referencialidad específica de la literatura, irrumpe algo sesgado como un discurso construído sobre implacable lógica acumulativa que procura no dejar flancos ni fisuras en el montaje de su densa argumentación. Sin haber sido más que ocasionalmente practicante del ejercicio crítico aplicado a la literatura, la familiaridad de Fló con las disciplinas estéticas y filosóficas y una capacidad infrecuente para acaparar, con exhaustiva coherencia, formas de razonamiento llevadas hasta sus extremos en un mismo nivel especulativo, sin concesiones (como ya lo había puesto de manifiesto en *Imagen, ícono, ilusión. Investigación sobre algunos problemas de la representación visual*, 1989), le permiten contribuir, paradójicamente, con el más original y desafiante de los estudios incluidos en *Papeles de Montevideo*. Tampoco, además, es para menos, en la medida en que el tema que en definitiva aborda, si bien resulta solo un aspecto del ejercicio de la crítica literaria en el uso de los textos, reposa sobre el tan ambicioso como difícil sustrato de las relaciones de la literatura con la realidad.

En tiempos de globalización, la mutación de una realidad en mito y excusa para consolidar posiciones hegemónicas con sus consecuentes subordinaciones y dependencias, es la preocupación final de Mabel Moraña, en una perspectiva *foucaultiana* que no desconoce los efectivos cambios epistemológicos verificados y repasados con orden y pulcritud en su ceñido ensayo, que asume las consecuencias de esa transformación –sin escudarse en nostálgicos conservadurismos–, con sus efectos democratizadores e integradores, pero a la vez advierte sobre los peligros de las nuevas hegemonías, sus agendas y valores tecnocráticos (el

predominio de la centralidad, ya denunciada hace diez años por Jean Franco) y recomienda la resistencia y la preservación de principios y programas definidos como propios para América Latina.

Como ya fue sugerido, esta serie de trabajos tiene, la mayoría, puntos de contacto o áreas que son comunes y su lectura acumulativa habilita una suerte de diálogo y hasta discusión entre los diversos enfoques y autores reunidos. Así, mientras García Cancini se queja desde México de la multiplicación de congresos, revistas, libros dedicados a estudios culturales, con su consecuencia torrencial de artículos rutinarios, la queja de Pablo Rocca, desde Uruguay, es en cambio sobre el desamparo y el aislamiento que sufren los críticos en un país con carencias bibliográficas, de actualización teórica, de debates académicos. Unos por muchos (más allá del resultado) y otros por poco o nada. García Canclini, a su vez, propone redefinir el objeto de los estudios culturales (en los que sólo reconoce la construcción de narrativas pero no de paradigmas o modelos científicos) y en particular *“convertir en concepto eje la heterogeneidad”* como *“requisito de adecuación teórica al carácter multicultural de los procesos contemporáneos”* y asimismo como *“una operación necesaria para desarrollar políticas multiculturales democráticas y plurales, capaces de reconocer la crítica, la polisemia y la heteroglosia”*. También reclama una interrelación entre cultura, sociedad y saber que no incluya solo las diferencias sino además *“la desigualdad [que] requiere ocuparse de la totalidad social”*. Dicho de un modo más sintético, con términos del autor, *“hacer commensurable la heterogeneidad y volverla productiva”*.

A la crítica del postulado de la hibridez cultural latinoamericana construido por García Canclini, es justamente, a lo que Abril Trigo dedica un capítulo de su trabajo sobre fronteras y epistemologías, en el que también cuestiona otros conceptos como el de subalternidad y examina con cuidado la variante posoccidental de Walter Dignolo que ubica a América Latina como *“un constructo geocultural emplazado en la periferia de Occidente”*. Esto lo lleva al problema de *locus* o lugar de enunciación, caracterizado por Hugo Achugar, como recuerda Trigo, como *“problemático, contaminado y parcial”*, y al de las mismas fronteras epistemológicas, donde es posible reflexionar en perspectiva, como hace el autor, con lúdica inteligencia.

Adriana Rodríguez Pérsico, en una línea con la impronta de Beatriz Sarlo, pone el acento en las herramientas teóricas convertidas en coartadas intelectuales, en la capacidad de adaptación de la academia, en el análisis de la teoría de Laclau, en la imaginación y la reflexión como dos aspectos de un único proceso en el arte de la palabra (ejemplificado en la

producción de Ricardo Piglia), en los lugares de la globalidad y el tema de la memoria.

Hugo Achugar por su parte, deja en evidencia, con penetrante argumentación, las confusiones, los límites y las incomprensiones del discurso crítico de la academia norteamericana o el nuevo Commonwealth teórico acerca de América Latina como un todo para el cual algunas de las categorías aplicables carecerían de sentido y en todo caso no sabría distinguir las variedades que pretende ocultar o disimular el enfoque de “*su homogeneización o subalterno*”. Reivindica el desarrollo de un pensamiento latinoamericano (que parte, por lo menos con Martí, desde el lugar en que se lee) y establece la “*posicionalidad, [la] localización y [la] memoria*” como “*los centros del debate político e intelectual de este fin de siglo*”, un debate que está lejos de cerrarse.

Enmarcado en la discusión más acotada de la crisis de los estudios coloniales literarios, participa, casi en un nivel de intermediación en segunda potencia, Gustavo Verdesio, con resultados parciales provechosos, al comentar las críticas que Neil Larsen plantea sobre algunos enfoques de Walter Mignolo a los que se afilia Rolena Adorno, o a otros propios de esta misma autora, en el marco de problemas de metodología, ideológicos y epistemológicos. Lo que parece descubrir Verdesio, a la postre, es el carácter moral de los fundamentos que animan proyectos de investigación confrontados de Larsen y Mignolo.

Quiero finalmente subrayar las contribuciones de Pablo Rocca y Eneida María de Souza, las que conviene leer con criterio comparativo en cuanto a las realidades que reseñan para concluir en la verdad irrecusable de las variaciones y diferencias que ocultan los mantos de homogeneidad. Estos trabajos identifican problemas concretos y localizables en niveles de realidades culturales reconocibles sin dificultad.

Por eso, si a *Papeles de Montevideo*, por este primer número en el que predomina el esfuerzo teorizador, alguien la calificara de restringida y elitista, como si fuera así fácilmente posible negar la necesidad de una tribuna para el encuentro y la confrontación de productos específicos del conocimiento, los dos últimos estudios mencionados, sobre todo el de Pablo Rocca, por su cercanía, equilibrado y con suministro amplio y preciso de información, son el mejor desmentido de una eventual ajenidad sobre situaciones apremiantes y al alcance de la mano para ser contrastadas.

Papeles de Montevideo. Literatura y cultura. La crítica literaria como problema. Director: Carlos Liscano. Montevideo, N° 1, junio de 1997.